



---

# EN LA ISLA DE LA CONCIENCIA

*Francisco José MARTINEZ*

**El que cae en el pozo de la conciencia, nunca sale de él.**

*Proverbio Malayo*

**J**avier Muguerza ha pasado en su último libro de la «razón sin esperanza» a hablar de la «perplejidad», sintonizando de nuevo perfectamente con los tiempos. Si en los ya lejanos años 70 convenía insistir en la necesidad de mantener la razón «con esperanza, sin esperanza y contra toda esperanza» como correctivo al fácil marxismo escatológico de la época, hoy día su apuesta por una perplejidad —concebida como la postura de aquél que considera lo uno y lo otro, sin neutralidad y sin escepticismo, sino en una constante *tensión*, producto de la *aporía* (en el sentido griego original de la falta de salidas) en que nos encontramos, es otra vez una apuesta que si bien es «posmoderna» en el sentido de haber convertido la Razón con mayúscula en una razón con minúscula, más modesta y consciente de sus límites, no deja, sin embargo, de seguir luchando por hacer el mundo más decente a pesar de las dificultades crecientes con las que los que lo intentan se enfrentan.

Muguerza establece un raro equilibrio entre trascendentalismo e historicismo a lo largo de su libro, al analizar las posiciones de Apel y

Habermas especialmente, pero también al contrastar a Kant y Hegel, y al comparar la filosofía política y la ética. Su concepto de razón es historicista en el sentido de saberse históricamente situado, pero es trascendental al apostar por un deber ser en cierta manera intemporal, aunque, realmente, es una traducción de los ideales ilustrados e incluso de algunos postulados marxistas y, en este sentido, vuelve a ser histórico. Su trascendentalidad se refiere más bien al hecho de no estar dispuesto a aceptar dichos ideales como definitivamente cumplidos, y al mantenerse alerta para no caer en la complacencia derivada de considerar que hemos llegado ya a la meta definitiva, sea la «patria comunista», como se decía antiguamente, o la democracia liberal capitalista, entendida como el fin de la historia, como está más de moda pensar en los últimos tiempos. (Últimos en el auténtico sentido de que «se acabó lo que se daba», la utopía ya ha llegado, más aún, está ya detrás de nosotros, y la historia como el reino de la novedad se ha clausurado definitivamente en la «*pax americana*» que «gozamos»). Para nuestro autor, que renuncia a toda escatología, ya sea teológica o secularizada, la aspiración hacia los ideales supera con mucho a las pobres y menguadas plasmaciones de los mismos que somos capaces de realizar históricamente y, por ello, la utopía, ya no «horizontal» —a realizar en un futuro—, sino «vertical» —a llevar a cabo en cada instante—, es algo siempre presente que gravita sobre cada momento de la historia. (Extraña conexión, por cierto, de un racionalista bien temperado como Muguerza con el mesianismo judío presente directamente en la obra de Walter Benjamin e, indirectamente, en la de Horkheimer).

De todas formas, su trascendentalismo es bastante mitigado si se compara, como él mismo hace, con las posiciones de Apel, del cual se separa al afirmar que más que haber dos comunidades, una real y otra ideal supuesta o anticipada en la primera, existe sólo una comunidad, la real, formada por individuos humanos de carne y hueso que se encuentran en tensión entre la sumisión a las creencias y opiniones que dicen lo que es la realidad, y la convicción de que la realidad debería ser de otro modo, es decir, que oscilan entre un polo hegeliano que acepta las costumbres establecidas y un polo kantiano que opone a lo que hay lo que debía haber. Esta comunidad real de seres humanos no es ni babélica ni pentecostal, ni completamente opaca ni completamente transparente, y mucho menos está iluminada por el Espíritu Santo, como algunas versiones de la filosofía de Apel parecen postular. Por otra parte, Muguerza, como ya hemos indicado, renuncia a toda confianza escatológica en una posible reconciliación futura entre el ser y el deber ser.

El problema de su trascendentalismo radica en que en realidad es historicista; es decir, igual que Kant absolutizó la ciencia newtoniana de su tiempo, y elaboró basándose en ella una tabla de categorías que él consideró que respondían al funcionamiento del entendimiento humano como tal, Muguerza ha asumido los ideales ilustrados y el concepto de

individuo subyacente en los mismos como válidos de una vez por todas, y aún más, siempre inalcanzables. Las críticas modernas y contemporáneas a la filosofía del sujeto, entre las que se pueden recordar las de Espinosa, Marx, Freud y Nietzsche, por no acudir al positivismo o al estructuralismo, impiden dar por buena la noción de individuo, racional y libre, movido por una voluntad buena que, producto de la tradición judeo-cristiana, ha retomado Muguerra en su versión pietista burguesa. La falta de definición del individualismo ético de nuestro autor es uno de los principales defectos de una ética que se cree libre e incluso anterior (¡!) respecto de la ontología y que, por no comenzar planteando cuál es el nivel ontológico en que sitúa sus conceptos, acaba aceptando tal cual los que encuentra en la tradición dominante.

Del individualismo ético sólo tenemos definiciones negativas: no es el individualismo liberal, y su característica fundamental es la afirmación de que todo lo que atente contra la individualidad de los seres humanos no debería existir. Pero en toda esta caracterización lo que falta precisamente es una delimitación de lo que es la individualidad de los individuos. Cuando analiza los límites (que él prefiere a los fundamentos) de las éticas comunicativas neocontractualistas, Muguerra sitúa dichos límites por arriba en la humanidad y por abajo en el individuo, pero dado que la humanidad no es un concepto natural ni histórico, sino moral y que designa la condición humana, y que el último juez de lo que esta noción quiera significar es la conciencia individual, estamos otra vez en el problema de que todo se fundamenta en una noción de individuo que, aunque se pretende que es un hombre y no un «ectoplasma», nos parece que queda kantianamente mutilado de todo lo que no sea la razón, es decir, de la sensibilidad, los impulsos, los afectos, los sentimientos, etc., con lo que es susceptible de ser tachado de intelectualista.

Si bien es verdad que en la perspectiva de la ética la consideración del individuo parte de la perspectiva de la primera persona, es decir, de la conciencia, cuando analizamos filosóficamente esta cuestión, la perspectiva es, necesariamente, la de la tercera persona, la de un observador exterior, que no puede obviar, por poco que esté al tanto de la filosofía crítica y de las ciencias mal llamadas humanas, que la sensación de libertad que tenemos en nuestra conciencia es puramente ficticia y que se basa en la ignorancia de las múltiples determinaciones que padecemos, y que estas consideraciones no se pueden reducir meramente a aspectos psicológicos o sociológicos irrelevantes, sino que son decisivas para la propia consideración moral. Que yo nunca pueda decir de mí mismo: «No pude actuar de otra forma que como lo hice» sin caer en la mala fe santa, no quita que la determinación de mi actuación por causas y motivos conscientes e inconscientes sea real y, por tanto, plenamente relevante para el análisis moral de mi acción. Que yo me sienta como una unidad de acción a nivel moral, dotada de entendimiento y voluntad, *more escolástico*, no impide que esta unidad sentida

sea una mera ilusión que oculta la pluralidad y dispersión radical de mi ser a nivel molecular.

En lugar de aceptar acriticamente mi clausura en la isla de la conciencia y luego intentar explicar como salgo de ella, convendría partir, al contrario, de que el interior es siempre «el interior de un exterior» producido por invaginación, y que en lugar de ser originado es originario, y en vez de ser origen y productor es resultado y producido.

El rechazo u omisión de la ontología también tiene sus consecuencias en el análisis de las relaciones existentes entre el ser y el deber ser. Cuando Muguerza estudia la obra de Bloch, se apresura a despachar con un par de frases despectivas su filosofía de la materia y la naturaleza y pasa rápidamente a su ética. Pero da la casualidad que la importancia de Bloch radica precisamente en que ha sido uno de los pocos pensadores, y no sólo marxistas, que se ha preocupado por fundamentar la ética ontológicamente, el deber ser en el poder ser, y la historia en la naturaleza. Esta es su originalidad primordial y no su ética, que es común no sólo con la de los marxistas y la mayoría de los ilustrados, sino incluso con la de los sectores y tradiciones más materialistas y heterodoxos del cristianismo. Si se elimina su teoría de las potencialidades inscritas en el ser, la apertura radical de la materia a la novedad, la latencia de lo todavía-no-sido, etc., y se pone el acento simplemente en el aspecto ético de su doctrina, privado éste además de su escatología inmanentista y atea, entonces se reduce radicalmente la importancia de este pensador. Si se escinde tajantemente el deber ser del ser y se olvida que el deber ser es un producto de la parte consciente del ser, es decir, la mente humana, y se hipostasía, de manera ya sea trascendente, ya sea trascendental, en un ámbito exterior y opuesto al ser, se cae en el idealismo más flagrante.

El deber ser es un imperativo, una meta que los seres humanos socialmente organizados se han ido dando a lo largo de la historia, por ello es cambiante según el tiempo y las diferentes culturas. No es algo dado de una vez por todas, y además, para que no sea una mera elucubración o un piadoso deseo, el deber ser tiene que apoyarse en el poder ser. La ética es una ética del poder, de la potencia inmanente a cada individuo, como muy bien sabían Espinosa, Nietzsche y Foucault, entre otros, más que una moral del deber como imperativo general, exterior a los individuos, interiorizado por éstos como imperativo categórico que encuentran en el fondo de su conciencia. La ética es algo corporal que tiene que ver con lo que puede un cuerpo más que con algo espiritual, anímico.

Como conclusión podemos decir que dos son las tareas que desde un punto de vista ontológico se plantean a la concepción de la ética de Muguerza, por un lado, la elucidación de lo que significa el individualismo ético y, por otro lado, la clarificación del nivel ontológico en que

---

se encuentra el deber ser en relación con el poder ser y el ser en su conjunto. Esperemos que la ontología deontológica que prepara nuestro autor dé respuesta a estas dos cuestiones. Por ahora, leamos atentamente su libro que, esperado durante diez años, da cumplida satisfacción a todos aquellos que quieran estar al corriente de las discusiones actuales en el centro del paradigma dominante en la ética actual, ya que les pone en contacto de manera amena y profunda a la vez (lo cual es tan difícil como raro) con la temática de la misma.

---